

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Lc 24,46-53 - pg. 1
¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3
¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Lc 24,46-53 Misal Romano [Ciclo C]

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Y vosotros sois testigos de esto. Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido; vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto». Después los sacó hacia Betania, y levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos subiendo hacia el cielo. Ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

Lectura Espiritual – De San Agustín

Nuestro Señor Jesucristo ha ascendido hoy al cielo; ascienda con él nuestro corazón. Escuchemos al Apóstol que dice: Si han resucitado con Cristo, gusten las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha del Padre; busquen las cosas de arriba, no las de la tierra. Como él ascendió sin apartarse de nosotros, también nosotros estamos ya con él allí, aunque aún no se haya realizado en nuestro cuerpo lo que tenemos prometido. Él ha sido ensalzado ya por encima de los cielos; no obstante, sufre en la tierra cuantas fatigas padecemos nosotros en cuanto miembros suyos. Una certificación de esta verdad la dio al clamar desde lo alto: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y al decir: Tuve hambre y me diste de comer. ¿Por qué nosotros no nos esforzamos en la tierra por descansar ya con él en el cielo, sirviéndonos de la fe, la esperanza, la caridad, que nos une a él? Él está allí con su divinidad, su poder y su amor; nosotros, aunque no lo podemos en virtud de la divinidad como él, lo podemos por el amor, pero amor hacia él. Él no se alejó del cielo cuando descendió de allí hasta nosotros, ni tampoco se alejó de nosotros cuando ascendió de nuevo al cielo. Que estaba en el cielo mientras se hallaba en la tierra, lo atestigua él mismo: Nadie -dijo- subió al cielo sino quien bajó del cielo, el hijo del hombre que está en el cielo. No dijo: “El hijo del hombre que estará en el cielo”, sino: El hijo del hombre que está en el cielo. Parece que estas palabras se refieren únicamente a él, como si ninguno de nosotros tuviera acceso a ello. Pero se dijeron en atención a la unidad que formamos, según la cual él es nuestra cabeza y nosotros su cuerpo. Nadie, pues, sino él, puesto que nosotros somos él en cuanto que él es hijo del hombre por nosotros, y nosotros hijos de Dios por él. Así habla el Apóstol: De igual manera que el cuerpo es único y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos,

son un solo cuerpo, así también Cristo. No dijo: “Así Cristo”, sino: “así también Cristo”. A Cristo, pues, lo constituyen muchos miembros, que forman un único cuerpo. Descendió del cielo por misericordia y no asciende nadie sino él, puesto que también nosotros estamos en él por gracia. Según esto, nadie descendió y nadie ascendió sino Cristo. No se trata de diluir la dignidad de la cabeza en el cuerpo, sino de no separar de la cabeza la unidad del cuerpo.

Envía. Predica. Cree. Se bautizado - Lección y Discusión

“El que crea y se bautice, se salvará”

Jesús dijo a sus discípulos: “Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará; el que se niegue a creer será condenado”. [1] **¿Entonces que es necesario para la salvación?** Uno debe creer. Debe ser bautizado. Porque te salvarás si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos. La fe del corazón te procura la “justicia”, y tu boca, que lo proclama, te consigue la salvación. La Escritura ya lo dijo: El que cree en él no quedará defraudado. Así que no hay diferencia entre judío y griego; todos tienen el mismo Señor, que es muy generoso con todo el que lo invoca; porque todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará. Pero ¿cómo invocarán al Señor sin haber creído en él? Y ¿cómo podrán creer si no han oído hablar de él? Y ¿cómo oirán si no hay quien lo proclame? Y ¿cómo lo proclamarán si no son enviados? Como dice la Escritura: ¡Qué bienvenidos los pies de los que traen buenas noticias! [2] San Pablo hace muchas preguntas en esta carta lo cual nos ayuda a entender el orden en el que una persona llega a creer y ser bautizada.

Creemos y por lo tanto somos bautizados, pero ¿cómo llegamos a creer? San Pablo pregunta: “¿Y cómo pueden creer en aquel de quien no han oído?” ¿Cómo hemos escuchado el Evangelio? Escuchamos el Evangelio principalmente en la Misa y luego somos instruidos en la Misa a través de la homilía. También tenemos un catecismo. En el catecismo, se nos enseña que también debemos leer el Evangelio por nuestra propia cuenta a la luz de la Iglesia de Cristo, la Iglesia Católica.

¿Y cómo pueden oír sin que se les predique? ¿Quien predica? La Iglesia predica y predica con una voz. Hay un Señor y un Evangelio, así que también es una enseñanza. De acuerdo a su llamado en el bautismo, todos los fieles están llamados a predicar, pero deben estar predicando el mismo mensaje, el mensaje del Evangelio. Los fieles deben predicar el mismo mensaje que los Obispos (apóstoles) predicaban como los Obispos (apóstoles) predicaban el mismo mensaje que Cristo predica. Es por eso que tenemos una enseñanza universal contenida en el catecismo. Escuchamos el Evangelio primero. Después de escuchar debemos orar, creer y vivir el Evangelio; el catecismo es el que nos asiste en esa misión. Cuando oramos, creemos y vivimos el Evangelio, esto permite que el Evangelio sea propagado a toda criatura para que otros puedan escuchar y creer, y luego creer y ser bautizados.

San Pablo hace una última pregunta. Y cómo pueden predicar si no son enviados? En la fiesta de la Ascensión no sólo celebramos la Ascensión de Cristo al cielo, sino que recordamos que los apóstoles fueron enviados o comisionados para predicar el Evangelio a toda criatura, hasta los confines de la tierra. Cristo es el que hace el envío. Los discípulos fueron enviados entonces, y ahora somos enviados nosotros. Somos enviados a las calles, al trabajo, a nuestras familias, escuelas, a toda criatura. Somos enviados a predicar el Evangelio, para que la gente pueda escuchar, creer y ser bautizada. Como dijo el Beato Papa Juan Pablo II en el octavo Día Mundial de la Juventud en Denver, Colorado, “No tengan miedo de salir a las calles y a los lugares públicos, como los primeros Apóstoles que predicaban a Cristo y la Buena Nueva de la salvación en las plazas de ciudades, pueblos y aldeas. Este no es el tiempo de avergonzarse del Evangelio (cfr. Romanos 1,16). Es el tiempo de predicarlo desde las azoteas (Cfr. Mateo 10,27). No tengan miedo de romper con la comodidad y las maneras rutinarias de vivir, con el fin de asumir el reto de hacer conocido a Cristo en las “metrópolis” modernas. Eres tú quien debe “salir a las esquinas de las calles” (Mateo 22,9) e invitar a todos los que encuentres al banquete que Dios ha preparado para su pueblo. El Evangelio no debe mantenerse oculto por miedo o indiferencia. Nunca fue destinado a ser oculto en privado. Tiene que ser puesto sobre una mesa, para que la gente pueda ver su luz y alabar a nuestro Padre celestial”. [3] .[4]

¿La gente siempre va a creer de inmediato? No. Fueron los discípulos los que en un principio no creyeron cuando se les dijo. Recuerda que el día de Pascua, María Magdalena había dicho a los discípulos, y también a los discípulos en camino a Emaús, que Jesús había resucitado de entre los muertos. Ellos no le creyeron cuando se les dijo esto. Por esta incredulidad, Jesús los reprendió. “Se apareció a los once discípulos mientras comían, y los reprendió por su falta de fe y por su dureza para creer a los que lo habían visto resucitado”. [5] Jesús encarga a los que en un principio no creyeron, a ir por todo el mundo. Si los que conocieron personalmente a Jesús; caminaron con él, vieron sus obras, escucharon sus palabras directamente, y luego escucharon de su resurrección, no creyeron, podemos estar seguros de que muchos no creerán cuando se les hable del Evangelio por primera vez. La aceptación del Evangelio puede tardar por parte de los que reciben, y la paciencia y la caridad por parte de aquellos que predicán el Evangelio.

¿Cómo podemos ayudar a motivar a otros a creer? San Pablo dice a los romanos, “sean diligentes y no flojos. Sean fervorosos en el Espíritu y sirvan al Señor. Tengan esperanza y sean alegres. Sean pacientes en las pruebas y oren sin cesar. Compartan con los hermanos necesitados, y sepan acoger a los que estén de paso”. [6]

Jesús comisionó a los discípulos ya todos los fieles a proclamar el Evangelio a toda criatura. **¿Toda criatura creará en el Evangelio, tan pronto como sea predicado? ¿Qué impide que la gente crea en el Evangelio en nuestra época moderna?**